

Comunicación y Arte

Entre las prácticas y los paradigmas

A
M
C
L
A
J
E
S

[44]

Tram[pl]as

Carlos Vallina

Docente e investigador. Especialista en comunicación audiovisual. Titular de Análisis y Crítica de Medios. Director del Programa de Investigación en Comunicación y Arte, de la Facultad de Periodismo y Comunicación de la UNLP. Titular de Realización de Cine y TV y Consejero Superior por la Facultad de Bellas Artes. Crítico de cine y artes audiovisuales en LR11 Radio Universidad.

¿Estamos aún en crisis?

¿O es el momento en que, saturados ya de ella, nos podemos dedicar a postular decisiones que nos den una nueva perspectiva en el campo de la investigación comunicacional?

En principio sería conveniente reafirmar un sentimiento contemporáneo.

Ninguna práctica social, cultural y mucho menos estética es un calco dictado por razones deterministas.

Ninguna disciplina dispone por sí misma de las respuestas que puedan configurar el cuadro totalizador.

Las descripciones historicistas, sociológicas y antropológicas se han visto sacudidas por procesos rizomáticos, inexplicables y sorprendentes en materia de imaginarios, configuraciones, expresividades, en tanto mundo y en cuanto forma.

El arte, en tanto materia comunicante de imposible funcionalismo; sus prácticas siguen poniendo en juego, en jaque, los abordamientos científicos, sin que por eso debamos desestimar las contribuciones parciales, las entregas acotadas y las percepciones particulares.

Pero aún no se vislumbra en nuestras academias, en cada especificidad, en el seno de sus organiza-

ciones, un caudal incontenible de saberes, de conquistas intelectuales de valor científico que tienden a integrarse en la atmósfera de la cotidianidad social.

La crisis ya es una entelequia, la creación estética y comunicacional le está extendiendo un certificado de defunción, y sin embargo, las estructuras institucionales, políticas y sobre todo culturales, sobreviven postergando el desarrollo de toda razón crítica, evidenciando una impotencia de intervención y una anomia de comprensión que, a nuestro juicio, resulta natural en el marco de paradigmas que no sólo son anticuados, sino que jamás, en el tránsito de la modernidad a hoy, han sido ni mismamente útiles. Dado las verdades heredadas de procedimientos abstractos, seguimos sospechando del rol gnoseológico de la constitución de la imagen.

Sostenemos celebraciones acerca de las Nuevas Tecnologías y los universos virtuales mientras muchos se desesperan con el supuesto alejamiento de la palabra impresa.

Estas angustias heredadas influyen aún en los denominados trabajos de campo. Es significativo la excesiva prudencia investigativa a la hora de abordar los procesos, objetos y creaciones artísticas de nuestra sociedad.

Por ejemplo: la renovación de los imaginarios entre las nuevas generaciones, ha indicado un acercamiento a lo real, que sólo sospechaban los que percibían los movimientos subterráneos desde la nueva crítica que anida fundamentalmente en el periodismo cultural.

La universidad, salvo aisladas manifestaciones y emprendimientos, sufrió el síndrome de ser una es-

tructura institucional tan oprimida y burocratizada como el Estado mismo.

Algunos pensadores nacionales, ciertas zonas de la labor pedagógica, se expresaron a favor de las obras que hacían estallar las discursividades agotadas. Valorizaron los paisajes urbanos, las desoladas zonas rurales, los seres anónimos, se animaron y excitaban ante la prepotencia del nuevo cine argentino, del teatro *off* porteño o federal, de la plástica dramatizante, de las instalaciones interconectivas, de las transferencias productivas que posibilitaron la irrupción de los jóvenes con sus modos, procedimientos, formatos, y géneros, que lejos de las clasificaciones ancianas, construyeron el escenario pertinente a nuestro tiempo.

La representación política no cedió su lugar, pero las incomodidades mediáticas la trastornaron, la hicieron ridiculizar y vacilar, y vaciaron los sentidos terminológicos ante las prácticas desvincijadas.

Los medios se constituyeron en plazas públicas, en coloquios inauditos, en vulgarizaciones inevitables. Ante la defeción de la república y la enfermedad de la política, los procesos narrativos, las dramatizaciones, las espectacularizaciones, se instituyeron en el modo sustentable de lo simbólico.

Otra representación se hizo finalmente presente. La estética, la comunicacional, legislada por sus propios códigos, habla mutante, voz de trapo, de estiércol, de barro, imagen violenta, lenguaje bárbaro, innominado, irreverente y poético.

Estas representaciones se instalaron, como en un *video clip* infinito, recogiendo los fragmen-

tos de una nación que perdió su organicidad.

El arte, la creación subjetiva, la sensibilidad expresiva, la forma de lo emocional, en tanto simulacro consensuado, desplazó hacia sí las representaciones, las derivaciones signicas y finalmente las conclusiones simbólicas.

Los usos y disfrutes de las mediaciones, sin orden y concierto, sin pautas claras, pero con el desborde de la necesidad, asaltaron los medios.

Imprimieron en la cuna de los formatos tradicionales el habla de una crisis que por haber sido enunciada dio a su fin.

Lo científico de la Comunicación. La Comunicación investigada. He aquí la crisis.

¿En qué se ve el aporte de lo hecho?

En el campo pedagógico aún las deudas son abismales. El default educativo es una realidad perversa que genera violencia criminal en el seno mismo de las aulas.

Es verdad que estamos ante una realidad diferente. Que los pode-

Estas angustias heredadas influyen aún en los denominados trabajos de campo. Es significativo la excesiva prudencia investigativa a la hora de abordar los procesos, objetos y creaciones artísticas de nuestra sociedad.

res actuales se encuentran bien dispuestos a gestionar y administrar en el sentido de la razón crítica.

Pero los insumos que brindamos desde nuestro conocimiento académico son como mínimo débiles, inconsistentes, difusos.

Hay una serie de publicaciones que dan cuenta de trabajos valiosos desde la comunicación, ante las descripciones previas, pero la contribución sistematizada, la inteligencia transferida, es incipiente y errática.

¿Qué debemos reconocer ante nuestra propia oportunidad?

En primer lugar que no hay planes de estudio ni programas científicos en el campo comunicacional que no habiten naturalmente procesos estéticos de diverso orden. O de valor directo en tanto análisis y crítica de obras y procedimientos, en lo contemporáneo y en lo histórico, en las artes consolidadas y en los cruces tecnosexpresivos.

O indirectamente, porque se ven afectadas las producciones específicas del periodismo en su misma evolución morfológica, sustantiva y conceptual, de la educación, de la cultura, de la gestión de instituciones, de la intervención en las demandas sociales, en sus prácticas de sobrevivencia o en su reclamo de participación.

Todo lleva el sello de la subjetividad.

Y en esta mundialización soberana, lo que ha quedado desnuda, es el alma, el espíritu, la conciencia de los seres sociales, en una inédita configuración de la incertidumbre y desasosiego de lo único que parecía segu-

ro, en los paradigmas precedentes. El futuro humano.

De ahí la importancia de la investigación en el territorio apasionante de la comunicación y el arte.

Veamos tres cuestiones paradigmáticas: la tecnología, la metodología y el pensamiento.

La cuestión tecnológica es el fruto indebido de la ausencia manifiesta de políticas de comunicación y de arte. La comunicación y el arte no son cuestiones de Estado.

En consecuencia se genera una condición paranoica respecto a la medios por parte del Estado.

La publicidad de los actos de gobierno se ha confundido demasiado en nuestro país con la necesidad hegemónica de un discurso totalizador. La cohesión social se pretendió dirigir durante años autoritarios con propaganda oficial o la intervención directa o indirecta sobre los medios, ya sea a través de formas violentas como la censura, o de corruptelas basadas en la distribución indebida de presupuestos de difusión.

Siempre se pensó que la tecnología era una especie de mercancía subordinada, de carácter fetichista, despojada de todo rasgo cultural.

Se trata en principio de una inconsistencia epistémica. Aquí la investigación tiene fronteras infinitas. Se trata de aportar nuevas miradas y descubrimientos que resensibilicen y configuren doctrinas originales que superen los paradigmas clásicos del pensamiento occidental que separó radicalmente la tecné del pensamiento, produciendo hasta hoy lesiones gnoseológicas y prejuicios

ignorantes.

La tecnología es un desconcierto, un enigma, o un poder mágico, un problema sociocomunicacional de difícil solución, dado que pervierte a nuestros jóvenes, los aleja de las correctas circulaciones procedimentales, los convierte en autistas.

Si los griegos pensaron la tecnología como subordinada, hoy esa concepción se ha problematizado y enriquecido, hasta el punto de plantear un nuevo paradigma que sería razonable enunciar, señalando que la razón técnica constituye en la actualidad una nueva episteme. Un modo de construir conocimiento en la misma fase de formulación de su desarrollo.

Es definitiva se trata de poder ampliar la materialidad de tales procesos anunciando la existencia de una aleación de nuevo tipo entre cerebro y máquina.

Respecto a la metodología, debiéramos observar la legitimidad en el campo comunicacional de concebir las fronteras como autonomías que se confunden muchas veces con la institucionalidad orgánica y los presupuestos económicos, antes que con las necesidades propias en materia de producción de conocimientos sobre las realidades, que las ciencias humanas y sociales tienen hoy.

Si abrimos los cauces epistemológicos por lo menos en fase de experimentación y debate, quizás encontraríamos más provocaciones territoriales en el ancho mapa cognitivo de los cruces y fusiones, que en la austera disciplina aislada.

La postdisciplinabilidad se aproxima como muy estimulante para saber ceder, o delegar o ampliar objetos y procesos que desbordan la autonomía específica. O que difíciles de clasificar, se entrometen de modo fecundo e irreverente en los corpus, universos y formas que suele conformar la investigación acotada.

En Arte y Comunicación todo deslizamiento es bienvenido para el proceder de las prácticas, pero no así en la antigua constitución científica.

En estos temas, debiéramos sacudir las convenciones instituidas para la hegemonía aún perdurable en la investigación evaluada proveniente de las ciencias naturales y exactas.

Para la Comunicación y el Arte no hay nada más exacto que detectar el funcionamiento extremo de la subjetividad. De ahí la posibilidad de que en esta zona de la producción de conocimiento la disciplina aislada o la interdisciplina anunciada, pero pocas veces practicada, sea superada por una postdisciplina a la altura de la época. Y del pensamiento. Las ciencias de la Estética y la Comunicación están claramente constituidas en la producción científica. Pero es posible que debamos repensar los objetivos de la investigación. Y acordar una vez más que la neutralidad no es o no debiera ser su política.

Neutralidad y objetividad experimental no debieran confundirse nunca. La humanidad posee memoria crítica de tales pretensiones. Toda actividad científica es una condición humana, al servicio de lo humano.

Y tal condición sólo es posible a través de la democratización de la cultura, los lenguajes y la vida.

Para lo mismo, tratemos de recordar que la investigación debe ser permanentemente una acción de transferencia. De publicación, de vinculación productiva, de estímulo social y cultural. Una de las misiones claves de la educación es la de salvaguardar la cultura de la humanidad poniendo de manifiesto su fecundidad. La literatura y la poesía deben ser consideradas escuelas de lengua y, sobre todo con el cine y el teatro, escuelas de vida.

Debemos propender a un mayor acercamiento a los objetos de investigación, acercando a los alumnos de nuestras carreras a los centros de actividad cultural, artística, comunicacional. Sugerir pedagógicamente que los docentes se mezclen en las exposiciones, festivales, recitales y todo tipo de acción analizable con los alumnos y los protagonistas.

La literatura, la poesía, el arte, constituyen escuelas de calidad poética de la vida al presentar las emociones estéticas.



Debemos considerar seriamente el aporte de la percepción sensible del mundo. Repensar a la filosofía no ya como una disciplina, sino como un poder de interrogación y reflexión que se aplica a los conocimientos, a la condición humana, a los grandes problemas.

La filosofía restringida corporativamente a una cuasi disciplina encerrada en sí misma debe reconciliarse con la misión que tuvo históricamente sin abandonar sus propias investigaciones.

Debemos hacer converger las ciencias humanas, en el orden de la Comunicación y las Artes y de sus prácticas para convertirlas en escuelas de civilidad, de comprensión.

Nuestras búsquedas científicas pueden hacer de los equipos de investigación, agentes activos del desarrollo gnoseológico.

Armamos el *puzzle*, el rompecabezas histórico, a fin de articular definitivamente sin prejuicios, la idea de que la docencia, la extensión y la investigación en este campo, tienen que reformularse en la raíz misma de su enunciación.

Semióticamente podríamos atacar críticamente el sentido estructural del concepto epistemológico de la investigación para no tener que reformular la permanente aclaración de que lo científico está en la base de sus prácticas, metodologías y políticas.

La investigación que nos pertenece es la construcción posible de una nueva racionalidad, de nuevas figuras de razón, en las que el arte y la comunicación unidos al pensamiento crítico, al pensamiento humanista, son también una tecnología de transformación de la sociedad.